

había sido de los Omeyas, y también del uso del color negro para los lutos, color que no fue elegido siempre con este fin entre los musulmanes andaluces.

Respecto a las influencias mutuas que la convivencia entre cristianos y musulmanes promovió en los vestidos, señala ejemplos concretos que sintetiza en un predominio de las modas cristianas en los primeros tiempos de la dinastía nazarí y una tendencia más acentuada durante el siglo XIV hacia las modas norteafricanas, con un nuevo recrudescimiento de modas y usos cristianos a lo largo del siglo XV, sin abandonar los elementos tradicionales del vestido musulmán.

Un aspecto sumamente interesante de este documentado estudio es la conclusión a que nos lleva de que los diez personajes del techo cupular del centro de la sala de la Justicia o de los Reyes del Palacio de los Leones, «para los críticos modernos se referirán más bien a doctores de la Ley o a altos dignatarios granadinos» que a los reyes nazaríes. El conjunto de personajes que vemos en el famoso techo cupular, no es por tanto una galería de retratos reales, sino la representación de una escena del consejo real, muy semejante a la del consejo que se representa en una tienda de campaña, en las pinturas de la casita del Partal, con las diferencias que corresponden a la diversidad de estilo y de ambiente representado.

Complemento valioso de este trabajo son las doce excelentes láminas que lo acompañan, en las que recoge detalles o conjuntos iconográficos, del que destacamos el de la lámina V, como inédita hasta ahora.

J. B. P.

La "Guía" del Museo de Bellas Artes del Palacio de Carlos V

La utilísima serie de «Guías de los Museos de España», publicadas por la Dirección General de Bellas Artes, acaba de acrecerse con el volumen dedicado al que ocupa la planta noble del Palacio de Carlos V en el recinto de la Alhambra. De la redacción del texto se ha encargado el Director del Museo D. Emilio Orozco Díaz, que a su cargo une el título excepcional de ser el mejor conocedor de la pintura granadina del siglo XVII, ampliamente representada en el Museo. Por esta circunstancia y por faltar todavía un estudio de conjunto sobre la escultura y pintura en la ciudad de la Alhambra, este trabajo es mucho más que una ayuda inestimable para visitar un museo provincial. Constituye, sin duda alguna, un primer punto de apoyo para conocer y comprender una serie de artistas que trabajaron aquí. A esto se une lo que se en-

cuentra en otras publicaciones del mismo género y cuya utilidad no es preciso encomiar.

La Guía se inicia con una *Breve noticia histórica* que revive todo el pasado del Museo desde que cobró vida en potencia, a consecuencia de la desamortización de 1835, hasta su solemne inauguración en el Palacio de la Alhambra el 6 de octubre de 1958. Los hechos que se recuerdan en unos apretados párrafos tienen el valor aleccionador de mostrar los riesgos por que pasaron muchas obras de arte y las zozobras que vivieron los granadinos de antaño, como D. Manuel Gómez-Moreno González, ante el abandono público por el acervo artístico local.

A informar sobre el *criterio de la instalación* se dedican un par de páginas en las que el autor, por modestia, no llega a destacar debidamente la ejemplaridad de su trabajo. Porque el visitante de este Museo percibe en seguida el acierto que ha presidido en la adaptación de las salas del Palacio a las de un museo, donde por fuerza han de convivir obras de épocas, estilos y calidades muy diferentes.

El recorrido a través de las diversas piezas se inicia en los vestíbulos de entrada y de acceso a la escalera. Pero como es lógico interesa especialmente la descripción de las once salas de la planta principal y de la que se halla presidida por una hermosa chimena italiana. El autor acierta al saber ponderar en cada sitio las obras expuestas llevando insensiblemente al lector visitante a detenerse especialmente en las que así lo merecen. Obras de tanta importancia como el *Tríptico del Gran Capitán*, de esmalte de Limoges, la gran talla de Jacobo Florentino con el *Entierro de Cristo*, la *Virgen con el Niño*, de la Puerta de la Justicia y el relieve del mismo tema procedente del Monasterio de San Jerónimo bastarían para sintetizar los valores que se muestran en la primera gran pieza del Museo. La sala II, con los tableros renacentistas del coro de Santa Cruz la Real, conducen a la que recoge una variada y selecta muestra del cartujo Sánchez Cotán, sobre el que ha trabajado profundamente el autor de la Guía. Para fijar el interés de algunos lienzos baste recordar los nexos que a través de ellos pueden verse con la pintura de Zurbarán, de acuerdo con lo que observó Orozco hace ya varios años. En la sala siguiente la mirada queda un poco dispersa por la variedad de artistas representados. Pero en los comentarios hechos en la Guía el lector encuentra un apoyo firme para conocer los lazos que unen a los pintores andaluces con otros que trabajaron en Castilla.

En la sala V se concentran algunas obras pictóricas y escultóricas de Alonso Cano y otras coetáneas que sirven para mantener la unidad del ambiente y que ayudan a destacar la personalidad del gran maestro granadino. La colaboración de Pedro de Mena en algunas tallas de excelente calidad procedentes del desaparecido Convento Franciscano del Angel, tiene un especial interés para comprender el camino que iba

a seguir la escultura en Granada. Las salas VI y VII, dedicadas a Juan de Sevilla y Bocanegra, se ofrecen con un valor más local; pero por eso mismo los breves comentarios que se hacen sobre cada pintor tienen un interés específico.

La sala VIII nos introduce en el siglo XVIII con un repertorio de obras en las que destacan las escultóricas debidas a artistas como Risueño o del círculo de Ruiz del Peral, por citar los más importantes desde un ángulo puramente granadino. La siguiente sala inicia el repertorio de obras pictóricas realizadas en el siglo pasado por maestros muy diversos. Entre ellos puede observarse el dignísimo puesto que ocupa el pintor e investigador D. Manuel Gómez-Moreno González. El salón de la chimenea obliga a un cambio de ambiente al volverse en él, a través de originales y copias, a los siglos XVI y XVII. El contraste, forzado por la rica chimenea hecha con mármoles de Italia, tiene la virtud de situar por un instante dentro de marco adecuado al Palacio si se hubiera concluido en tiempos del fundador. Las dos últimas salas desarrollan el panorama de la pintura granadina de los siglos XIX y XX, aunque haya algún lienzo, como el grande de Moreno Carbonero, dedicado a la *Conversión del Duque de Gandía*, que se justifica por evocar un hecho histórico ocurrido en esta ciudad. Las pinturas más recientes permiten subrayar los valores que ofrecen muchos pintores locales y hacen concebir esperanzas sobre una próxima ampliación del Museo para acreditar la continuidad que el cultivo de la pintura tiene desde hace siglos en la ciudad del Darro.

Las ilustraciones, seleccionadas con gran acierto, constituyen el mejor testimonio de la variedad e interés de los fondos de este Museo. Una nota bibliográfica y un índice de artistas completan el interesante libro.

J. M. P. A.

JUNTA DE ANDALUCÍA CONSEJERÍA DE CULTURA

La Puerta de Siete Suelos

Patronato de la Alhambra y Generalife

La Puerta de los Siete Suelos ha sido un lugar de supuestos encantamientos y de leyendas. Lo fue desde muy antiguo, quizá desde el momento mismo de la rendición de Granada que comenzó secreta y ocultamente por esta puerta y un postigo próximo a ella. En 1587 Bruin y Hogemberg, en su vista de Granada desde el Sur, la destacó con el rótulo «Porta Castri Granatensis semper clausa», lo que testifica que por entonces debían extenderse ya habladurías sobre posibles maleficios y sobre una supersticiosa súplica hecha por Boabdil para que fuera cerrada eternamente, lo que